



POESÍA FEMENINA HISPANOAMERICANA

(NÓMINA INCOMPLETA)

POR CARMEN CONDE

ALFONSA DE LA TORRE
ALICIA EGUREN
ANA INÉS BONNIN
ANGELA FIGUERA AYMERICH
CARMEN CONDE
CLARA SILVA
CLEMENCIA LABORDA
CONCHA ZARDOYA
DULCE MARÍA LOYNAZ
ESTER DE ANDREIS
EUGENIA SERRANO
FINA GARCÍA MARRUZ
GABRIELA MISTRAL
GUADALUPE AMOR

HELENA MUÑOZ LARRETA
JOSEFINA DE CEPEDA
JOSEFINA ROMO ARREGUI
JUANA DE IBARBOUROU
JUANA GARCÍA NOREÑA
MARGARITA MICHELENA
MARÍA DHIALMA TIBERTI
MARÍA ELVIRA PIWONKA
MARÍA SÁNCHEZ DE FUENTES
MERCEDES CHAMORRO
PILAR PAZ PASAMAR
PURA VAZQUEZ
SUSANA MARCH
SARA DE IBAÑEZ

Hay algo de injusticia implícita e involuntaria en todo intento de antología. Porque la información casi nunca suele ser exhaustiva, y porque la inevitable subjetividad tara el escoger... Sean, pues, de advertencia y excusa estas iniciales palabras a una nómina incompleta de poesía femenina hispanoamericana.

La literatura femenina española es copiosa, aunque pocos son los nombres que pueden exponerse como irrefutables al conocimiento actual.

La crisis espiritual de la época alcanza, como es lógico, a la parte más sensible del género humano; no obstante, y ello hay que fijarlo sin temor a rectificaciones, hay un estado poético y novelístico femenino entre nosotros de suma importancia. Parece comprobado que después de 1939 el número de literatas ha aumentado considerablemente. Sobre todo, el de las poetisas. Sin duda resulta raro que en una época como la presente, tan dura de vivir, las mujeres aumenten, heroicas, el nunca extenso panorama de las poetisas. Pero así es, con el reciente pasado sombrío y el desolador panorama político universal, ahora que se han dado cita y comenzado la gran batalla los elementos de una Historia en franca transformación, parece inconcebible «que la mujer escriba versos». Pero, ¡ah!, nadie olvide que la cultura, que el arte se refugia, como la vida, en templos pequeños y acogedores para poder seguir desarrollándose hasta desbordarlos e inundar nuevamente el mundo de los demás. Cuando los hombres, que si todo lo hacen todo lo deshacen tranquilamente un día, ya no puedan o no quieran hacer poesía creadora, vivificante, impulsora ¿por qué no van a ser las mujeres las que se nieguen a que se pierda el mayor tesoro del mundo? Y cada una en su sencillez, en su arrebató, en su reposo, va continuando el luminoso tejer.

Porque si antes de 1936 había poetisas, y sus nombres siguen presentes en nuestra memoria, e incluso a veces nos llegan, de las distantes, pruebas de su continuo laborar, ahora hay muchas más. Sin embargo, la mujer poeta de hoy se presenta con una voz distinta de la que secularmente empleaba para dirigirse al mundo exterior. La tremenda convulsión de la tragedia bélica universal se registra en su sensibilidad creadora y ya no se conforma con cantar—¡pequeña ave encerrada en su jaulita!—aquellos temas que el hombre prefería «para

ella». Si el Amor, la Vida, el Dolor, la Muerte son inmutables, hay algo más—con todos ellos juntos, sin apartarse de ellos—que conmueve a la poesía femenina: es un algo más grave más humano y caliente: es la responsabilidad de nuestro destino de mujeres, parte mitad del hombre y como él afrontando el bien y el mal de todos. Una flor no se canta ya como se cantaba hace un siglo. ¡Qué aleccionador resultaría un estudio comparativo del temario poético femenino! Ni se cantan igual el mar, el amor o la muerte..., porque todas esas angustias, inquietudes, se han conocido de verdad en la propia alma, en la carne nuestra; y el saber de verdad algo de la vida nos ha investido de un tono grave, melancólico, pero ya nunca intrascendente.

Naturalmente que la verdadera poesía no puede residenciarse en un estado-norma, o en una fórmula única. Se puede estar serio, aunque se escriba acerca de temas sonrientes. La sonrisa es lo mejor de la criatura. Y poesía sonriente ha sido hasta en nuestros días toda la que se ofrecía a las cosas que no se acaban, y que nos bendicen con su gracia.

Lo que sí se puede afirmar, resumiendo en síntesis, es que el denominador de la poética femenina actual es grave y trascendente. Un mundo de sujetos hasta ahora no incorporados a su voz se debate en la obra de las poetisas españolas. Y sujetos tratados con auténtica, con bien revelada sensibilidad de mujer. Ya no sirve el adjetivo «femenino» para calificar el verso de mujer; hay que extender más su significado, pues lo femenino de ahora no es lo femenino de antes.

Porque *femenino* era sinónimo de débil, intrascendente, grato, superficial. Y hoy la voz femenina cuenta su mundo leal y valerosamente, que no es jamás el del hombre. Pero que hacía falta que éste supiera por la mujer y lo aceptara a su lado como complementario inevitable y necesario.



I

Me resulta doloroso no disponer de materiales suficientes para hablar de mis compañeras ausentes, las que, como yo, ya habían publicado sus primeros libros antes de 1936. Pero habré de atenerme a las que siguen en España y aquí editan sus obras, por mi ignorancia de lo que fuera de nuestra nación siguen haciendo mis colegas. Repito que esta selección no pretende ser exhaustiva.

ALFONSA DE LA TORRE

«APPAREBIT REPENTINA DIES» (FRAGMENTOS)

¡Qué cansado está el cielo de ser cielo!,
de ser azul y negro,
de ser claro,
de ser cielo,
¡qué cansado está el cielo!

¡Qué cansadas las olas de ser olas!,
de ser olas inquietas,
de ser olas serenas,
de soñar siempre solas,
¡qué cansadas las olas de ser olas!

¡Qué cansados los astros de ser astros!,
de ser brillantes astros,
de observar y alumbrar;
qué cansados los astros de ser castos,
de ser puros y altos,
¡qué cansados los astros!

¡Qué cansada la tierra de ser tierra!,
de ser monte y ser piedra,
de ser cieno y ser niebla,
de ser dura y ser tierna,
¡qué cansada la tierra!

¡Qué cansados los ríos de seguir siendo ríos!,
qué cansados los ríos de ser bellos,
de correr sin descanso,
de saber sus remansos;
qué cansados los ríos de sus fríos,
¡qué cansados los ríos!

¡Qué cansada la luna de ser luna!,
de ser pálida y una,
de velarse con bruma,
de enjoyarse de estrellas,
de rielar en los lagos y en las dunas,
¡qué cansada la luna de ser luna!

¡Qué cansadas las flores de ser flores!,
de sus tonos y olores,
de sorprender amores,
de sugerir imágenes,
¡qué cansadas las flores de sus trajes!

¡Qué cansado está el tiempo de ser tiempo!,
de ser tiempo y ser tanto,
de ser tiempo y ser largo,
de ser tiempo y ser viejo,
¡qué cansado está el tiempo!

¡Qué cansados los días de ser días!,
de volver a ser días,
de ver morir las yemas,
de ver nacer espigas,
de amontonar cenizas,
de acostarse entre ruinas,
¡qué cansados los días de ser días!

¡Qué cansados los hombres de seguir siendo
de mirarse en espejos, [hombres],
de saberse esqueléticos,
de esperar a ser muertos,
de temerse deformar,
de matar y engendrar,
¡qué cansados los hombres de ser hombres!

¡Qué cansados los muertos de ser muertos!,
de ser polvo y ser muertos,
de ser amores muertos,
de ser recuerdos muertos,
de ser olvidos muertos,
de llevar cuerpos muertos,
de aguardar sin luchar,
¡qué cansados los muertos de ser muertos!

¡Qué cansado está todo de ser nada!,
de soñar con ser algo y no ser nada,
¡qué cansado está todo de ser lodo!,
¡qué cansado está todo!
Y qué ansias de alba tiene el polvo,
qué ansias de ser alba,
qué ardores de ser oro tiene todo,
qué instinto de ser vidrio y de ser gracia,
de ser colmo en su Dios,
de ser en Dios del todo,
de ser árbol y brisa y arroyo en Dios,
de ser en Dios arroyo,
de ser fuente y ser mar,
de ser de veras algo,
de ser de cierto en Dios arroyo y luna,
pájaro y hombre en Dios,
nubes y tiempo,
fuego y eternidad,
ser en Dios todo,
alma y amor en Dios,
ser al fin algo,
ser al fin algo en Dios,
ser al fin todo.

(Del Oratorio de San Bernardino, 1950.)

LLUVIA SOBRE LAS LOMAS

Llueve sobre Cuéllar, llueve
sobre las lomas. ¡Qué suave
se torna el vuelo del ave
bajo las nubes de nieve!
Mientras llueve y se hace leve
manantial la virgen-nube,
una fuga de querube
por el aire se percibe
y el pino esponjado exhibe
su aroma, que al cielo sube.

(De Egloga, 1943.)

En la línea formal entregada al clasicismo se encuentra ALFONSA DE LA TORRE con los siguientes libros: *Egloga* (1943), *Oratorio de San Bernardino* (1950). Entre éstos se encuentra una *Oda a la reina del Irán*, donde se reúnen todas sus dotes naturales y sus grandes conocimientos del mundo de la antigüedad, que es lo que ella prefiere, aunque en sus obras de teatro, inéditas hasta ahora, se manifieste gran conocedora, por intuición, de la compleja naturaleza humana.

El ilustre crítico y escritor Melchor Fernández Almagro, al hablar del *Oratorio de San Bernardino*, de ALFONSA DE LA TORRE, dijo, entre otras atinadas cosas: "No se llega al punto de sazón en que Alfonsa de la Torre, en lo espiritual y en lo artístico, nos muestra su *Oratorio de San Bernardino* sin haber sido alimentado su nimen de muchos conceptos y de muchas letras, por lo que el poema es flor de cultura, sin detrimento de la espontaneidad y subsiguiente fluidez... Alfonsa de la Torre señorea el lenguaje figurado, manejando con sumo tacto la metáfora y sirviéndose en todo caso de un rico vocabulario, muestra, repetimos, de su instrucción literaria, de Humanidades asimiladas por sensible temperamento". (*La Vanguardia*, Barcelona, 1-III-51.)

ALFONSA DE LA TORRE, castellana de Cuéllar (Segovia), es, por encima de sus enriquecimientos humanísticos, gran poeta; imaginación, énfasis y vocación la salvan de todos los bellos peligros del talento cultivado, para darnosla en una certeza lírica, magnífica.

PILAR PAZ PASAMAR

ALABANZA DE MARIA EN SU EMBARAZO

«Y bendito es el fruto de tu
vientre.»

Vientre mío, mi vientre. Privilegio
de Dios, cóncava luna de dulzura.
¿Qué empuje misterioso te está haciendo
visible para el ojo de criatura?

Vientre mío, mi vientre, mi cuidado,
curvo frescor donde la luz anida,
redoma de un portento consumado,
cuidado mi cuidado... Ya la vida

le está dando su forma en abultado
colmo. ¡Oh! mis vestidos, mis vestidos,
que cubran dulcemente el templo vivo,
este vientre, mi vientre, mi cuidado...

¡Qué peso! ¡Qué calor! No tengo brazos
para cruzarlos ya sobre esta anchura.
Que me pesan su carne y su estatura,
que me pesa el Amor en mí encerrado.

¡Oh! que encendida estoy en mi desgana
y ufana mi criatura se sustenta
sobre mi vientre, vientre donde cabe
la promesa de Aquél que así me aumenta.

De PILAR PAZ PASAMAR, jovencísima andaluza con seculares verdades en el alma y en la voz pura, damos dos ejemplos aparecidos en la *Revista Platero*, de Cádiz, en espera de su libro *Mara*, maduro a pesar de su juventud.

CONCHA ZARDOYA

PÁJARO DE TRISTEZA

No es un cielo ya el alma pura.
Sin aire vueltas, pájaro de pena,
el interior espacio, ayer purpúreo
de amor y fresca dicha.

De pronto has advenido cual un negro
relámpago aun extinguido,
o dolorosa luz ennegrecida
que luego ha de morir
y, renaciendo,
y, renaciendo, ser triunfante oro.

Postrimera te sueño,
mal ave densa, círculo de llanto,
que así envuelve este seno y esta vida.
ayer en sencillez y hoy postrada.

Como una muerte rondas. Llegas, pisas
la flor múltiple y viva de mi sangre.

¿No te importa rozar
y así herir deshojando?
¿No reconoces lágrimas que fluyen,
el joven respirar languideciendo?

No ligera tú vuelas tercamente
este plúmbeo cielo,
tal aire confinado.
Ni traer lejanía en tus dos alas.

(Oscura realidad de verme herida
por un extraño peso que me absorbe
el volátil misterio del espíritu.)

¡Oh pájaro de piedra, vuela al cielo
de Dios, ya librándome!

(De Pájaros del Nuevo Mundo, 1946.)

¿ASI LA MUERTE?

¿Como una catedral así la muerte?
¿Como un sueño de piedra que madura
en las torres esbeltas, presurosas
de llegar a la calma de Dios puro?

¿Tal las lonjas calladas yertamente
en un fervor de paz y viejos siglos?
¿Tal un huerto de musgo que ha brotado
en las sonrisas tristes de los ángeles?

¿Como bóvedas altas y columnas
fatigadas de mármoles y altares?
¿Como aquellas tinieblas de la cripta,
amables para el alma solitaria?

¿Como esas horas bellas que olvidamos,
porque libres nacieron, sin deleite,
y fugaces murieron, como un sueño?
¿Cual la postrada luz de ciertas sombras?

¿Así la muerte, oh Dios? ¿Como el silencio
que surte débilmente entre los muros
de un templo que han cerrado para siempre?
¿Así la muerte, Dios? ¿Así la tumba?

(De Dominio del Uanto, 1947.)

CONCHA ZARDOYA es una escritora de riquísima vena lírica; su poesía es desbordante, apasionada; abarca experiencias y recuerdos de cosas que sólo se saben cuando se ha nacido poeta por la gracia del cielo. Hasta ahora han aparecido suyos dos libros en la Colección Adonais, de Madrid: *Pájaros del Nuevo Mundo* y *Dominio del Uanto*, 1946 y 1947, sucesivamente. En la actualidad, CONCHA ZARDOYA, que es además mujer cultísima y doctora en Letras, vive en los Estados Unidos como profesora de Literatura y Lengua españolas de una Universidad de Illinois, la de Urbana.

Conoce bien esta escritora todos los recursos de la técnica literaria, aunque no usa de ellos entregadamente, y a veces opta por resolver sus grandes ecuaciones poéticas bajo el signo mágico de la inspiración. En CONCHA ZARDOYA se juntan potencias creadoras de primera calidad: la prosa narrativa—es autora de muchos libros de leyendas para la juventud—, la investigación literaria, la prosa de invención, la facultad profesional descolante, y como piedra angular de su firme edificio inteligente y sensible, su fuerza poética indiscutible.

POEMA DE MI SOMBRA

GRAN CIUDAD

No sé de dónde vienes, ¡oh sombra delicada!,
que sigues mi destino proyectándome humilde
en esta tierra mía palpitante de luces.

Siempre conmigo, siempre, prolongada estatura
que me alarga en el suelo indefinidamente,
horizontal y vaga como ese presentido
sepulcro que llevamos vigilante en nosotros.

No sé de dónde vienes, atada a mí, conmigo.
Dolor no definido o cadena mordiente,
o plenitud, o gozo, siguiéndome los pasos
como otro yo absorbente a quien la luz me liga.

Pero, ¿qué importa dónde, de dónde? Si eres fría
como paisaje muerto que anticipa mi avance.
Y si vives de mí calladamente amante,
vibración de mi cuerpo, cuerpo tú sin orillas.

¡Oh sombra! Sombra mía, imprecisa y cercana,
que haces volver mis ojos a mi último destino,
que ha de tornarme sombra en esa noche triste
o radiante o gloriosa que me espera en mi término.

¿Qué sabes tú de mí, de mis horas o risas,
de mis llantos sin lágrimas, de mi oscuro contento,
de las ansias posibles que me estallan pasiones
en este cáliz duro de colmadas espumas?

¿Qué eres tú de mí misma? Impalpable, silente,
eco de mí, o reflejo, o aroma indefinible,
que me rebosa y graba en cristales opacos,
clavándose a mis pies tercamente tendida,
para morir conmigo, fiel, un cualquier mañana.

(1950)

Asombra la riqueza de motivos, lo sencillo y apasionado, lo auténtico del lirismo de PURA VÁZQUEZ, la poetisa del Sil, gallega como Rosalía, y como ella transida de inspiración, esta maestría de escuelas perdidas entre sierras con lluvia o con nieve (ayer en las riberas del Sil, hoy en Armuña, Segovia), se arranca los versos de su alma—sí, exactamente: de su alma—como plumas de las que el ave ligera va sembrando el espacio cuando el viento la sacude sin piedad. Todo la atrae, todo lo canta, y sería muy difícil encerrarla en una forma, pues a su espíritu libre y ardiente no le bastan los cauces perpetuos. Bien es verdad que la poesía de PURA VÁZQUEZ está exenta de trascendencia *premeditada*; pero un misterio inefable, una brisa célica la mantienen traspasada de infinito.

Hasta ahora, dos libros han aparecido con su nombre: *Márgenes veladas* y *En torno a la voz*. Siendo ambos francamente buenos, me permitiré sin embargo acudir a mi archivo de cosas inéditas para ofrecer ejemplos inéditos de PURA VÁZQUEZ:

No obstante pertenecer "esta gran ciudad" a Castilla, para PURA VÁZQUEZ no es hostil Castilla, como lo fuera, en su propio sentir, para Rosalía de Castro. Sus sensaciones son las lógicas de quien ha vivido siempre aislada y concurre, accidentalmente, al barullo del urbanismo supercivilizado.

¿Qué brazos casi humanos
para estrecharme tienes,
ciudad inmensa, desolada, fría;
sierpe multiplicada, extendida
de viento a viento,
bañándote en la luz maravillosa
del minuto que acaba?

Yo te siento bullir,
apretándome en torno tus anillos,
y levantarte viva, humanizante,
en cada nuevo día que me acuna.

Como un río de hervor y olas gigantes
te veo apresurada, locamente,
despeñarte, rendirte
en las orillas mismas de la vida o la muerte,
mar de cada destino que nace o que se apaga.

Ese clamor que sube,
como de selva o de colmena ingente,
hasta mi soledad agigantada
en tu apretada multitud de vidas.

¡Qué eco en mi sangre, o luz,
sombra alargada, circundándome,
anegándome, hundiéndome en mis limos
más íntimos y tiernos,
para volverme dulce, poderosa
a mi cauce primero, florecida
agua sin margen para desbordarme...

Vuelve tiernos tus brazos,
¡oh ciudad!, sin escama ni espino
que me desgaren, si voy arrebatada
en tu vértigo loco...

Que yo amaré tu luz, vestida en tus matices,
en tu selva infinita, palpitante,
y tu voz prodigiosa de sirena
que embriaga y enciende.

(1948)

YO

Yo. Siempre yo.
Y mi sombra oscura persiguiéndome.
Yo en todas las esquinas,
desconectada y múltiple.
Yo. ¡Siempre yo!
Y Dios pesándome en la sangre.
como un hijo que se sueña,
y un tremolar de ángeles libres
sobre mis párpados cerrados.
Y luego una gran fatiga,
una huella de algo que no ha sido,
un retornar a mí para morirme...

¿QUE SERA LA MUERTE?

Y ¿qué será la muerte?
¿Qué sueño, qué aventura,
qué viaje inefable?
¿Será como sentirse
golpeada por olas violentas
y caer sobre el frío de la Historia
llena de resonancia?

¿Qué abismos, qué silencios,
qué sombras, qué vacíos,
qué caminar sin meta,
qué desánimo inmenso,
qué ciego tropezar consigo mismo,
qué agobio sin medida,
qué desvalido afán de acercamiento?

Cuando mi mano pierda
el calor de la luz y de las flores,
cuando sienta en el pecho
la opresión de la tierra, ¿en qué ternura
bañaré mi silencio y mi agonía,
en qué fuego secreto
calentaré mi soledad inmensa?

Me tenderé en la muerte
como en un lecho blanco,
y siendo mi cadáver diminuto
alcanzará a cubrir toda la tierra.

SUSANA MARCH es una poetisa catalana reciente, con un solo libro de poesía publicado hasta ahora: *Ardiente voz*. En ella se encuentra un sentimiento distinto, del que obtiene calidades distintas también. No canta las cosas, sino las causas; dice, con tono mesurado, o cáldo, o entrecortado, lo que ella siente ante el mundo; y es el mundo que ella siente un vastísimo país lleno de inquietudes, de amargas clarividencias.

ANGELA FIGUERA AYMERICH

ANULACION

VENCIDA POR EL ANGEL

No ser ni yo. Ni nadie. Lo más, una pastora
perdida en tu silencio de largas soledades;
sentada en tus tomillos; la luz de la mirada
copiando, sin saberlo, los vuelos de las aves;
caída sin nostalgia sobre el fluir del río;
con el desnudo rostro abierto a tu paisaje,
al viento los cabellos, y la tranquila frente
surcada por un ritmo de pensamientos fáciles...

En el regazo quieto, las manos inactivas
dibujarán un nido de vagas ansiedades.

(De *Soria Pura*, 1949.)

En ANGELA FIGUERA AYMERICH constatamos el interesante evolucionar de una poesía, la suya, que surtiendo de la fácil y estremeada ladera de un mundo feliz, contento, radiante, que se condensa en *Mujer de barro*, pasa a la ponderada exaltación de *Soria Pura*, para llegar (en *creciendo* inequívoco, en franca abolición de cuanto hasta entonces constituía su acervo, para fundirse, lealmente, en la larga llamarada de la conciencia poética presente) al estremeido *Vencida por el ángel*. Pocos años separan, a lo sumo cuatro, estos tres libros o expresiones terriboras de una voz que parte de su dicha tranquila de mujer y de madre, para desgarrarse con los dolores seculares de la especie humana, y en especial de la femenina. En el mapa—profuso, aunque yo me vea obligada, bien a pesar mío, a darlo reducido—de la lírica femenina española, ANGELA FIGUERA AYMERICH ocupa un destacado puesto.

Yo cerraba los ojos, yo apretaba los puños,
yo blindaba mi pecho con metales helados,
yo sorbía a raudales la alegría y el fuego
para escapar, bravía, al acoso del Angel.

El Angel era suave, silencioso y terrible.
Llevaba una ancha copa de licores amargos,
y en su pálida frente se leía imborrable
la palabra tremenda.

He luchado con él. He luchado: He reído
sobre todas las flores de los mayos ingenuos,
cabalgando las nubes, fabricándome estrellas,
derramando canciones.

Me he apoyado en mis huesos, me he afirmado en mi
(sangre.)

He caído en la sima de los besos sin límite.
He crujido en el trance de los duros abrazos.
He gritado el triunfo de mi carne aumentada
en la carne del hijo.

Me he proclamado limpia contra el asco y la ruina.
Me he declarado libre contra el tedio y la duda.
Me he creído excluida, separada, intocable.

Pero el Angel llegaba. A pesar de mis puños,
de mis ojos cerrados, de mis labios tenaces,
con su vuelo imparable, con su copa colmada,
me ha tocado, me ha roto la coraza soberbia,
me ha deshecho los muros, me ha cortado la huida.

Sin espada, sin ruido, me ha vencido. En la entraña
me ha dejado clavada la raíz de la angustia
y ya siento en mi alma el dolor de los mundos.

(De *Vencida por el Angel*, Alicante, «Verbo», 1950.)

ESTER DE ANDREIS

NO ES MAS QUE UNA PARED

No es más que una pared en el camino
abrigada del hielo y de los vientos,
por la que asoman grises olivares.
No es más que una pared que mira al mar;
blanca de sol y cal, en su blancura
verdean el romero y las retamas.
No es más que una pared en el camino.

HE PISADO LA HIERBA

He pisado la hierba en un claro del bosque;
he cogido las ramas; he estrujado los brotes
de los viejos abetos y de los pinos jóvenes;
he mirado las sombras tenues y los colores
de la luz que se filtra y que baña las flores;
he bebido en la fuente y escuchado en el monte
las cascadas que bajan por el valle y se esconden.
He olvidado quien era en el claro del bosque;
he quedado creyendo que era un poco de monte.

(XXXII)

No sólo el idioma francés, también el español posee bellos libros de poetas y de poetisas que, aunque nacidos en otros países, gustan de cantar en el límpido castellano, que tanto sabe de contención y perennidad.

Tal es el caso de ESTER DE ANDREIS, nacida en Italia, Génova, y trasplantada a Barcelona a los cinco años de su vida. Estudiante de Institutos y Colegios italianos e ingleses, ESTER DE ANDREIS ha traducido luego a Katherine Mansfield y a Elisabeth Barret Browning, con rara maestría. Un libro de poesía propia, *Primula*, la situó en 1943 entre nuestras más exquisitas poetisas.



JUANA G.^A NOREÑA

LA TORMENTA

Como espera la tierra la tormenta
y se llena de olores campesinos,
y en leve viento mueve alados pinos
y está al avance del rumor atenta,

así esperaba yo, muda y sedienta,
con fragancias en todos mis caminos,
contándote los pasos peregrinos
y sin perder mi corazón la cuenta.

Sí, como el trueno, sí, me enloqueciste,
campaneaste por mi tierra triste,
vi el cielo abierto y claro en el suceso,

heriste con un rayo mi arboleda
y aun en mis ojos vegetales queda
aquel lejano resplandor del beso.

LA FIERA

¡Ay este tigre!,
este tigre que apenas se mueve
y que, tendido y sangrante, confunde sus ojos con el
(último sol;

este tigre que sólo de piel está hecho,
sólo de piel y de zozobra,
sólo de piel y de azulado escombros,
de amarillento escombros con unas rayas negras de
(pereza;

este tigre que me roza duramente,
que me persigue tenazmente,
que me descansa dulcemente,
que me nutre y me enceniza con sus abiertos ojos;
este tigre de la tarde,
¡oh tigre mío en la tarde!,
¡oh pasión mía!,
sin un balcón al aire para los antiguos besos...

Arrancadme este tigre,
esta piel, esta sombra caliente,
esta hora,
esta hora en punto de esta tarde con sus soles y sus
(huidores lagartos,

y sus pinos,
y los frutos de sus pinos,
y las sombras de sus pinos,
porque si no podré morir
a la orilla de aquella fuente fría,
donde el primer zarzapazo del amor me tendiera.

(De *Dama de soledad*, Premio «Adonais», 1950.)

El nombre más joven de la poesía femenina presente es el de JUANA GARCIA NOREÑA (seudónimo), que acaba de ganar el Premio «Adonais», 1950, con su libro *Dama de soledad*.

En JUANA GARCIA NOREÑA hay una voz delicada, melancólica, sedosa...; un ferviente temario amoroso, lleno de nostalgias, de experiencias dolientes... Es el libro, en fin, de una muchacha que adviene con esa carga de «Edad Media» en la sangre que, según J. R. J., es la juventud.

MERCEDES CHAMORRO

ANGUSTIA

¿Qué hago por el mundo?
Mis aguas se pierden sin disgregarse en ríos.
Por seguir la absurda marcha de la vida
acaba mi senda sin iniciar caminos.

¿Qué hice por el mundo?
Sin que mis ramas verdes se hayan florecido
siento que mis raíces torcidas se secan:
Mi carne de mujer no cumple su destino.

¿Qué hago por el mundo?
El don que me dieron de nada me ha servido.

(De *Ramo de romeros*, 1945.)

De MERCEDES CHAMORRO, joven poetisa nacida en Toledo, no conozco más que el libro *Ramo de romeros*, publicado en 1945 en Madrid, y un cuadernillo de poemas editado por «Verbo», de Alicante. De ambos ofrezco unos bellos ejemplos; en ellos la poetisa se evidencia, cargada de prematuro saber humano y de profundas intuiciones.

JOSEFINA ROMO ARREGUI

LA POSESION

Haber, tener, nutrir nuestra agotada
alma con otra: henchir el río vivo
de ansia de posesión, con el esquivo
espanto de una sed jamás saciada.

Sentir, vivir, querer nuestra agobiada
respuesta en ese círculo excesivo
del ávido temblor del posesivo
que el alma deja incierta y fatigada.

Poseer, poseer cumplidamente,
¿quién pudo de otro ser, quién de otra frente
subyugar el secreto pensamiento?

¿Quién la mirada, el gesto que nos huye,
el terror de un pasado que se intuye,
el leve aletear del sentimiento?

Ahora nos hallamos ante una poetisa que muy al principio de su juventud publicó un libro de poesía, y que después de largos años entregada a la labor profesional universitaria, a la investigación erudita, al ensayo y crítica literaria, nos ofrece un libro de poemas (bajo el cabalístico número 9, pues de nueve en nueve van agrupándose sus cantos, sonetos y poemas) titulado *Cántico de María sola*. La autora, JOSEFINA ROMO ARREGUI.

Poesía interesante la suya, en muchos momentos atravesada por auténtica emoción, por exaltada belleza, en este libro se dan cita todos los viejos motivos que nutren al poeta, junto a una cuidadosa forma, que huye de la retórica para adentrarse en el sentimiento de mejor ley.

CLEMENCIA LABORDA

TRINOS

La luna, de media gala,
como llovida del cielo,
abre y cierra su desvelo
cuando en las nubes se instala.
El ruiseñor se acicala,
señoreando verdoros;
maestro de los cantores,
modula un trino ligero
y piensa, oyendo al jilguero;
«¡no son todos ruiseñores!».

(De *Jardines bajo la lluvia*, 1943.)

OFRECIMIENTO

No, mis lágrimas no, que me consuelan
y abren cauce de luz a mi congoja,
ni la nube ni el ave, ni la hoja
que sobre el aire de mi frente vuelan.

No las estrellas que mi amor desvelan
con los latidos que su luz arroja,
ni los ensueños que mi pecho aloja,
ni las palabras que mis labios celan.

Esto, Señor, me diste y me lo quedo
y no te lo devuelvo en la partida,
rama a rama por flor, flor por latido,

pongo a tus pies lo que poner no puedo,
porque en este balance de mi vida
te ofrezco todo lo que no he tenido.

(De *Ciudad de soledades*, 1948.)

En su primer libro, *Jardines bajo la lluvia*, su autora, CLEMENCIA LABORDA, se manifestaba sonriente, leve, sensible e intrascendente. Los temas de dicho libro—salvo unos versos unguinos de bella religiosidad—son banales y deliciosos. Puro juego poético del cual salía evidente la maestría en el uso de la forma clásica del verso. Pero después CLEMENCIA LABORDA nos da un libro más serio, en el cual se la comprueba derivando a otra poesía más pensativa e íntima, que aunque a veces sigue expresándose en sus moldes preferidos, utiliza imágenes frescas de la visión contemporánea. El libro segundo de CLEMENCIA LABORDA se titula *Ciudad de soledades*.

CANTICO DE MARIA SOLA

Volvemos los ojos a Dios
porque estamos cansados,
porque somos carne cansada,
porque sentimos la vida
como una enorme rueda de molino en los hombros.
Volvemos los ojos a Dios
porque nada esperamos;
ya el padre y la madre se fueron,
ya los hermanos son cuervos de nuestro pan,
ya los amigos tienen los ojos secos a nuestro llanto,
ya el amor sabe a ceniza en nuestros labios
y pone hielo en el corazón.
Entonces
volvemos a Dios los ojos
y gemimos y nos humillamos
como si nunca hubiésemos levantado la frente orgullosa
(y enlodada.

Volvemos los ojos a Dios
reclamando ardientemente,
quejándonos de abandono y desesperanza,
exigiendo la fe que desdeñamos.
Como desventurados huesos sin paz en la tierra,
como desesperados suspiros sin aire que los recoja,
marchando irremediabilmente hacia el fin
con terror y con lástima.

(1950)

ANA INES BONNIN

HOMBRES DESCALZOS

Grávida luz, me hiere tu silencio;
quejate, grita, rómpeme la sangre
con un feroz y largo escalofrío.
Será la muerte, sí, pero no importa.
¡Morir hasta que el mundo resucite!
Morir hasta que sean en el mundo
los hombres recorriéndolo descalzos:
¡la humanidad por fin enriquecida!

Hombres descalzos;
por su planta desnuda, justos, buenos.
Hombres que al ir andando en carne viva,
sintieran el dolor de cada hombre
latir en cada piedra que rozaran;
sintieran cada gota de rocío
temblar a cada sed, a cada lágrima,
morir a cada muerte, y gota a gota,
encadenando así nuevos rocíos.

Hombres descalzos;
por su planta desnuda,
sobre la tierra lentos y seguros,
como una enredadera sorprendente,
como si Dios sus águilas postrase,
y fueran en el mundo las palomas.

¿ACASO DUERME EL ANGEL?

¿Acaso duerme el ángel, o es que sueña?
¿Qué soñarán los ángeles que duermen?
¿Qué soñarán los ángeles que sueñan?
El ángel. ¿me adivina?,
¿me sabe junto a él, y preguntando?
¡Oh, sí!, abre los ojos;
me lleva hasta sus ojos y contesta:
«Dormía, pero tú me despertaste:
era un rumor igual al de mis alas».

(De *Poema de las tres voces y otros poemas*, 1949.)

Una poetisa catalana de complicada ascendencia en la sangre, ya que viene desde remotos países a nutrir las venas de ANA INES BONNIN, nos ofrece en sus dos libros publicados hasta ahora, *Fuga y Poema de las tres voces y otros poemas*, claras y bellas muestras de su talento y de su sensibilidad. Para ANA INES BONNIN la poesía es un duro ejercicio de sacrificio y de amor, un luminoso apostolado. Esto es lo que por todos sus versos alumbra, con la entrega ejemplar, alma y vida de la poetisa.





CARMEN CONDE

MADRE

III

¿Es que sabe mi madre de dónde trajo mi vida?
Se encontró conmigo un día como con una tormenta
No sabría tampoco qué hay que hacer con el rayo,
ni si a la lluvia frenética es posible oponerle
una orilla inflamada de llamas.

He buscado en torno mío hasta saberme sola.
Antes de mí, en mi raza, no conozco a otros seres.
¿Quiénes fueron los míos, dentro ya de mi sangre?
¿A qué otros mi cuerpo, a qué otros mi alma
continúan en la tierra?

Si se lo dijera a ella no sabría contestarme.
Tan ajena es mi lengua como le son mis ojos.
—Madre, ¿sabes tú por ventura
por qué soy así yo, de quién es la nostalgia
de tantos paraísos?

La poblaría el silencio buscándole en su entraña
la raíz de las mías, y el hontanar violento
que manó mi corriente como un corcel de espuma.
Entonces se podría escuchar la distancia
que entre nosotras hay, siendo ella mi origen.

Una madre es la cueva de donde arranca el río.
Una madre es la tierra por donde corre el agua.
Pero el río..., ¡va tan lejos a buscarse océanos!
Y la tierra: en lo hondo, silenciosa, ignorante,
encima de otra tierra que también desconoce.

(De *Ansia de la Gracia*, 1945, «Adonais».)

EUGENIA SERRANO

ORACION DE MUJER

¡Ay, Señor, Dios mío! yo amo este cuerpo que Tú vas a salvar
del olvido y la nada.
Este cuerpo mío, hecho a tu gloriosa semejanza,
espejo de Tu Imagen.
Vestido de la gloria artesana de Tus manos,
fruto de eternidades.
Mi cuerpo bienamado, humana morada de Tu Hijo,
fin de su Eucaristía.

Yo amo su corazón,
su loco corazón, latiendo y esperando en Tu Justicia.
En mi pecho doliente,
sangrando por Tu Misericordia, sediento de Tu Amor,
vuelto a Tu Amor siempre,
en los días de júbilo, cuando vivir es primavera.

Yo amo sus ojos, estos oscuros ojos míos, estas tristes pupilas
con sus amargas lágrimas
y su lágrimas dulces.
Con sus llantos solitarios, mas en Tu Compañía.
Sus miradas últimas para Ti, buscándote, pidiéndote,
dudando al no verte.
Para encontrarte luego a través de tus Altas Estrellas,
de Tus Lucientes Noches,
y de Tus Profundos Mediodías.

Estos labios, Señor, que Te hablan tantas veces,
que Te rogaron, que Te maldijeron negando,
porque creían en Ti.
Porque siguen creyendo.
Estos labios míos, Señor, de palabra verdadera,
al recordar Tu boca,
cuando para Ti hablan y rezan.
Con palabras falsas
cuando hablan a los que mienten, y mienten doblemente,
y siete veces más,
al invocar Tu nombre.

(Fragmento de *Oración de mujer*, 1949.)

Súbitamente se nos reveló una voz de poeta en la gran pro-
sista, novelista, periodista y ensayista EUGENIA SERRANO. Esta
mujer, que también procede, como Alfonso de la Torre y Jose-
fina Remo Arregui (*Maria Sola*), de la Universidad, había ido mos-
trándonos sus aciertos literarios en campos ajenos al de la poe-
sía. Y en 1949 surgió su *Oración de mujer*, de la cual ofrecemos
sólo un fragmento, por lo extenso de su contenido. Como sabe-
mos que EUGENIA SERRANO sigue escribiendo versos y prepa-
rándolos para un volumen, contamos con ella en esta antología.

MEDITANDO LA MUJER AHORA

Esta corriente oscura atravesando mi cuerpo
no pasará a otros seres, es solamente mía:
la nazco yo, la broto; espesa sombra dura
que acabaré yo siendo, fundida ya con ella.

Otras veces he sido resplandeciente ascua
iluminando a todos: luz de lumbre perfecta.
Los seres que mataron, hechos carne podrida,
oscuros de metralla, reventados en niebla,

han legado a mi tiempo de vida
este horror de su sombra purulenta y nefasta.
Apagóse mi risa, me fundieron la estrella,
y ahora soy la muerta que los contiene muertos.

En provincias de mí viven ramas de fiebre,
y en aquellos contactos que imagino crepitan.
¡Oh qué triste me siento la juventud en regazo
al mirar a esos hombres que murieron conmigo!

Yo no quiero gozar. No podría embriagarme
con mis brazos aun tersos y mis hombros redondos,
ni con estas rodillas de belleza segura,
que me aferran la sangre, cuando quiero saltar,
porque me asusto, débil, al admitirme viva
y capaz de reír mientras lloran los hijos
de esas mujeres muertas cuyos huesos blanquean
entre los sucios campos de las guerras cobardes.

¡Quién pudiera soñar hasta crear la escala
que enlazara contigo, Tú, el Señor de mis sueños;
y descendiera el ángel que en batalla dormida
me desangrara el hambre de verte que padezco!

Esta negra morada de tu creación me pesa
porque no la dominan mi juventud, mi ardor.
Asomada a la fuerza de los que nada saben
y se mueven a oscuras, yo deliro mi angustia.

Y te llamo, callada, por las enormes fuentes
de tu garganta abierta en mi pecho sin jugo.
¡Llévame de la sombra, húrta me de mi sino!
¡Ay Señor de la muerte: sácame de tu boca!

Mirada desde arriba, ¿qué bulto es la muerte?
¿Qué la agilidad del cuerpo en movimiento?
Esta prisa de amar y de odiar, ¿qué levantan
sobre la sucia y llana, sobre la impura tierra?

El correr por coger, el asir desmedido;
esta hidrópica ansia de tener los futuros
agusanados cuerpos que olerán a su podre,
¿qué dirán desde arriba al que sereno mire?

Mi sonrisa y mi llanto, el gritar, la blasfemia,
este negruzco hilo de la poesía inútil...
¿Para qué se producen, para quién yo la mano
enterada que estoy de mi muerte absoluta?

...¡Pero tu Reino augusto me tienta, me enloquece!
¡El soñar que mis ramas acarician tus nubes
y una palabra cética misericordia irradie
al caer sobre el fango, limpiándome con fuego!

Desde arriba, tan alto, ¿cómo podré ser vista?
Es mejor que resigne mi ambición a la tierra.
...¡Oh que quiero saltarla y saltarme, volarte
siendo más que tu polvo: el viento y tu relámpago!

(De *Mujer sin Edén*, 1947.)

CARMEN CONDE.—Obras publicadas de poesía: *Brocal*, 1929,
Madrid, "La Lectura". Col. "Cuadernos Literarios". *Júbilos*,
1934, prólogo de Gabriela Mistral, dibujos de Norah Borges
de Torre.—*Pasión del Verbo*, 1944, Madrid.—*Ansia de la Gra-
cia*, 1945, Madrid, Col. "Adonais".—*Honda memoria de mí*,
1946, Madrid, Edit. J. Romo.—*Mi fin en el viento*, 1947, Ma-
drid, Col. "Adonais".—*Sea la luz*, 1947, Madrid, Col. "Men-
sajes".—*Mujer sin Edén*, 1947, Madrid.



Si la selección es difícil, por arbitraria que sea, refiriéndonos a poetas que nos son familiares y con los cuales hasta convivimos, ¿qué será tratándose de aquellas que por desgracia nos están sumamente alejadas por geografía ya que nunca por afinidad e interés? Hemos de afrontar el riesgo, excusándonos, de anticipado, por omisión o defecto, ambos involuntarios.

Para las poetisas hispanoamericanas debe resultar áspero el camino de la gloria universal, contando con antec-

edentes, tan próximos por otra parte, como Delmira Agustini, Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni..., entre algunas pocas más de su época. Sin embargo, por fuerza del sino poético, sin arredrarse ante ninguna posible e inevitable comparación, ellas afrontan con valor la posteridad junto al no menos duro presente. Y nos llegan—no con la frecuencia y cantidad que deseamos—libros y libros, jóvenes, abiertos a todos los rumbos, donde nuevas y hermosas voces levantan su canto.

GUADALUPE AMOR

¡AY, COMO TEMO!

¡Ay, cómo temo a las puertas!
Yo nunca las pienso entradas,
no es que las niegue ocasiones,
es que me son decepciones
porque están predestinadas.

Yo las quisiera vedadas,
vedadas o inexistentes,
mil veces mejor ausentes
y no a la muerte encauzadas.

Puertas son de las moradas
adonde van mis deseos;
pues, aunque éstos den rodeos,
tienen puertas destinadas.

CAMINABA YO...

Caminaba yo de frente
y mi sombra iba detrás.
Yo pensé que la cubría,
pero mi sombra tenía
la potestad suficiente
de tornarme transparente,
y ocupando mi lugar
ella se filtró silente
y yo, su sombra... fuí atrás.

(De *Puerta obstinada*, México, 1947.)

NO CREO EN TI

No creo en ti, pero te añoro,
¡qué torpeza estoy diciéndol,
tal vez te voy intuyendo
y por soberbia te ignoro.
Cuando débil soy, te imploro,
pero si me siento fuerte
yo soy quien hace la suerte
y quien construye la vida...
¡Pobre de mí, estoy perdida!
¿También inventé mi muerte?

DIOS

Dios, invención admirable,
hecha de ansiedad humana
y de esencia tan arcana
que resulta impenetrable.
¿Por qué Tú no eres palpable
para el soberbio que vió?
¿Por qué me dices que no,
cuando te pido que vengas?
¡Dios mío, no te detengas!
¿O quieres que vaya yo?

(De *Polvo*, 2.^a edic. Madrid, 1950.)

GUADALUPE AMOR, extraordinaria poetisa mexicana, también dijo en Madrid sus versos triunfando de buena ley. Emisaria de un mundo nuevo, habla sin embargo con la voz más clásica y sonora de nuestra lengua. Las imágenes la actualizan, prestándole un rango de antiguo indiscutiblemente hermoso. Sus libros, *Puerta obstinada*, México, 1947, y *Polvo* (2.^a edición española, 1950), enriquecen el ya riquísimo mundo de la poesía femenina hispanoamericana. No se queda en puro, magistral, juego el verbo lírico de GUADALUPE AMOR, sino que ahonda, exalta, infunde pasión y belleza en lo que canta, llevándonos al claro goce de una emoción poética inolvidable. Y remontrándonos, con palabra muy seria y muy enjuta, a esas precisas regiones donde el alma se pregunta su destino sin hallar más respuesta que la encerrada en la palabra de Dios.

JUANA DE IBARBOUROU

VIDA-GARFIO

Amante: no me lleves, si muero, al camposanto.
A flor de tierra abre mi fosa, junto al riente
alboroto divino de una pajarera
o junto a la encantada charla de alguna fuente.

A flor de tierra, amante. Casi sobre la tierra,
donde el sol me caliente los huesos y mis ojos
alargados en tallos suban a ver de nuevo
la lámpara salvaje de los ocasos rojos.

A flor de tierra, amante. Que el tránsito así sea
más breve. Yo presiento
la lucha de mi carne por volver hacia arriba,
por sentir en sus átomos la frescura del viento.

Yo sé que acaso nunca allá abajo mis manos
podrán estarse quietas;
que siempre como topos arañarán la tierra
en medio de las sombras estrujadas y prietas.

Arrójame semillas. Yo quiero que se enraícen
en la greda amarilla de mis huesos menguados.
¡Por la parda escalera de las raíces vivas
yo subiré a mirarte en los lirios morados!

LA HORA

Tómame ahora que aun es temprano
y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aun es sombría
esta taciturna cabellera mía.

Ahora que tengo la carne olorosa
y los ojos limpios y la piel de rosa.

Ahora que calza mi planta ligera
la sandalia viva de la primavera
.....

Después... ¡ah, yo sé
que ya nada de eso más tarde tendré!

Que entonces inútil será tu deseo
como ofrenda puesta sobre un mausoleo.

¡Tómame ahora que aun es temprano
y que tengo rica de nardos la mano!

Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca
y se vuelva mustia la corola fresca.

Hoy, y no mañana. ¡Oh, amante!, ¿no ves
que la enredadera crecerá ciprés?

El nombre resplandeciente de DELMIRA AGUSTINI, la precursora, es la aureola de toda poetisa hispanoamericana. JUANA DE IBARBOUROU, uruguaya también, ha llevado a cabo la obra que la malograda Delmira sólo diera en anticipo radiante, escalofriante de belleza y misterio. Todos los poemas de Juana de América (título que hace muchos años le concedió la fama en su país) rezuman vida: radiante, amorosa, gozosísima vida de mujer que se entrega a su destino con fidelidad maravillosamente bella. La alegría de amar, de vivir, de ser amada, deseada, de proyectarse como un arcángel de luz sobre los mortales, canta en la obra de JUANA DE IBARBOUROU.

CLARA SILVA

HOMBRE

Ya no eres más que tú
en ti mismo, escuchando
el tambor de tu angustia,
redoble oscurecido de una muerte
(llamando,

llamando en la espesura
la luz, virgen secreta.

Ya tu boca, tus manos, abandonan
el vaso aun colmando;
sufrir tu corazón la cruz antigua
heredad de tu infancia;
sólo tu frente se alza
sobre tierras de sombra
entre ordenadas columnas.

En un desierto de arenales fríos
empieza el gran combate.
Tu espada, que no llega a tu estatura,
palidece
ante los vigilantes de la noche.

Van cayendo los frutos de la vida
Estás solo ante un Dios

y ya cerrado
el umbral de tu pregunta.

(De *Memoria de la nada*, B. A., 1949.)

EL VIENTO DE LA ANGUSTIA

Es necesario estar de pie
y armados
para el asalto de los Nocturnos.

Si abandonamos nuestros muertos
en el desván de los recuerdos
para siempre se mueren;
o nuestros hijos en las ciénagas de la noche
para siempre se pierden.

Es necesario sostenerlos con nuestras manos,
arrancarlos de entre sus dientes.
Pero, si a ti te abandonamos,
luz apenas entre las grietas de la casa,
vendrá el viento soplando de la angustia
y entonces sí, nos perderemos para siempre,
nosotros.

CLARA SILVA tiene varios libros, además de *Memoria de la nada*, *La cabellera oscura*, poemas, con prólogo de Guillermo de Torre, 1945, y *El cuerpo*, novela. Su voz arranca también de un hontanar severo, repleto de aguas que gimen por su destino, que indagán su origen... Ved qué digno continente el suyo.

JOSEFINA DE CEPEDA

AHORA TENGO LA VIDA

¡Ahora tengo la vida!
En los lomos del tiempo, la Muerte cabalga,
cabalga huesuda y sombría. (cabalga,

¡Ahora tengo la vida!
Y detrás de mis ojos, la Muerte me espía, me
con su séquito negro. (espía, me espía)

¡Ahora tengo la vida!
Lejos, en el bosque, la Muerte taladra, taladra,
el árbol de mi ataúd. (taladra)

¡Ahora tengo la vida!
Y me está conversando la Muerte constante,
(constante, constante!

No importa: ¡Ahora tengo la vida!
(La Habana, 1937.)

De aquella espléndida y extensa antología que publicó en La Habana en 1937, prologada y epilogada por Juan Ramón Jiménez, que la bautizó con el título de *La poesía cubana* en 1936, obtenemos este nombre: JOSEFINA DE CEPEDA. En la breve selección de sus poemas en dicho libro hallamos éste, que por sí sólo vale un buen puñado. No importa que su canto de amor haya estado y esté en todas las bocas frescas de la juventud.

MARIA ELVIRA PIWONKA

TIERRA MORENA

Ya plenitud, por vez primera,
de hundir mi mano en otra mano.

No sólo el ímpetu y la estrella
de ardor vibrante y concentrado,
no sólo la fugaz ceguera
y el gesto en paz y abandonado.

Mi mano en tu mano morena
de sol abrasada, sol áspero,
mi mano en tu mano de tierra
rugosa, de latido exacto;
mi mano en tu mano, certeza
de un fin primitivo y sagrado.

Tierra donde apacentar huellas;
de savias íntegras, regazo,
profundidad donde se gesta
la vida y bulle el sér primario.

Mi mano en tu mano morena...
Mi mano adentrada en tu mano,
raíz en puñado de tierra.

(De *Llamarlo amor*. Santiago de Chile, 1949.)

De Santiago de Chile nos llega MARIA ELVIRA PIWONKA con un libro muy elogiado por la crítica, *Llamarlo amor*, 1949, que tampoco fué remisa con el anterior de la misma autora, *Intima*. Poesía graciosa, fluida, sin lastre de preocupaciones ajenas a su propio sér, joven y armonioso.

MARIA DHIALMA TIBERTI

ALFONSINA EN EL MAR

Alfonsina:
a la alta orilla llegaste
con una pequeña muerte en la sangre;
con un manojo de frase y lágrima
detenido en la garganta.
Ante el mar, musgosa campana
resonante.
mundo pueril de peces y algas,
detuviste la angustia de tu llanto,
mientras las gaviotas
intentaban rescatar su sombra
de las telarañas espumosas del agua.

Alfonsina:
quizá había viento ese día,
un largo, áspero viento de saladas voces
aclarándote los ojos con húmeda mano.
Y estabas sola,
con un duro coral de decisiones,
con los labios apretados de horizonte,
con la risa perdida por antiguas tierras.

Alfonsina:
El mar, adivinando tu llegada,
se consteló de caminos blancos,
y las olas, de un solo golpe,
llenaron las piedras de fríos escudos heráldicos.
La voz de la tarde te llamaba
cargada de redes y de barcas,
y te fuiste, absorta, a rezar tu muerte
a ingenuas catedrales de arena;
a donar tu ocre dolor
a finos arcángeles con escamas.

Alfonsina:
después de tu triste paso en el espacio
se cerraron los acuáticos líquenes
sobre tu pelo, sobre tus manos.
Y vinieron las mnjeres y los hombres
a gritar por tu ausencia,
y a decir tu nombre en la playa.
Y tus palabras
están afiebradamente vivas,
y tus ideas prendidas en papeles,
y tu recuerdo andando humanamente
por nuestras paralelas calles.

Alfonsina:
el mar, que detuvo tu angustia,
el mar, no sabe nada.

(De *Las sombras amarillas*.)

MARIA DHIALMA TIBERTI llega precedida del cálido elogio de quien para nosotros tiene tanto crédito literario: Julián J. Casal. Y en sus dos libros, *Tierra de amapolas* y *Las sombras amarillas*, esta joven autora, que edita sus bellos libros en La Plata, Ediciones del Bosque, afirma su valer. Del segundo es el anterior poema, ofrecido a Alfonsina Storni, inolvidable maestra.

DULCE MARIA LOYNAZ

AGUA ESCONDIDA

Tú eres el agua oscura
que mana por dentro de la roca.
Tú eres el agua oscura y entrañable
que va corriendo abajo de la tierra,
ignorada del sol,
de la sed de los que rastrean la
tierra, de los que ruedan por la tierra...

Tú eres el agua virgen sin destino
y sin nombre geográfico;
tú eres la frescura intocada,
el trémulo secreto de frescura,
el júbilo secreto
de esta dulzura mía que tú eres,
de esta agua honda que tú has sido siempre
sin alcanzar a ser más nada que eso:
agua negra sin nombre...

¡Y apretada, apretada contra mí!

TODAVIA

Tu mano dura, rígida, apretando...
Apretando, apretando hasta exprimir
la sangre gota a gota...
Tu mano, garra helada, garfio lento
que se hunde... Tu mano.
¿Ya?...

La sangre...
No he gritado. No lloré apenas.
Acabemos pronto ahora: ¿ves?,
estoy quieta y cansada.
De una vez acabemos este juego
horrible de tu mano desliziándose
—¡todavía!...—suave y fría por mi espalda...

(De *Versos*.)

ABRAZO

Hoy he sentido el río entero
en mis brazos... Lo he sentido
en mis brazos, trémulo y vivo
como el cuerpo de un hombre verde...

Esta mañana el río ha sido
mío: lo levanté del viejo
cauce... ¡Y me lo eché al pecho!
Pesaba el río... Palpitaba
el río adolorido del
desgarramiento...—Fiebre fría
del agua—: Me dejó en la boca
un sabor amargo de amor y de muerte.

(De *Juegos de agua*. Madrid, 1947.)

DULCE MARIA LOYNAZ, cubana, confirmó su existencia irrefutable de poetisa con el sentimiento clamoroso de Madrid no hace mucho tiempo. DULCE MARIA ha publicado solamente dos libros: *Versos* y *Juegos de agua*, este segundo en Madrid, 1947. La poesía de DULCE MARIA LOYNAZ es de una apasionada, misteriosa, secretísima intimidad, y brilla, sin embargo, como un pequeño astro, que manos divinas dejan encendido eternamente. Poesía que llamaríamos lenta, cargada de significaciones; poesía verdadera y emocionada.

MARGARITA MICHELENA

EL POETA VA SOLO...

Y el poeta va solo y aun solo entre los suyos,
porque no hay dulces puentes entre él y su linaje.
Sin conocer sus nombres,
camina con los otros monarcas desgraciados
bajo el alto martirio de la corona ausente,
cantando por las sombras su jardín derruido,
el agua del origen, el lirio degollado,
tocando en las tinieblas las piedras y señales
de su ciudad de oro y de su patria en ruinas.
Sólo con sus palabras, triste reino de polvo,
a solas con su caudal de espléndido mendigo.
Busca en el cielo oscuro su estrella cancelada.
Y a veces una punta del astro se le asoma
temblando en lo que dura una sola palabra.

(Fragmento de *El Cainita*.)

De MARGARITA MICHELENA, México, nos llega un magnífico poema publicado en la Revista Antológica *América*, de México también. Para que su claro nombre no se quede en sencilla aunque señaladísima mención, incluimos un fragmento de *El cainita*.

ALICIA EGUREN

FIN

¡Ah!, quién volver pudiera
a la plácida playa sin retorno,
a la matriz primera,
al tímido contorno
que nos criara con tibieza de horno.

La primavera gime
en los múltiples brotes incesantes,
mas cada brazo esgrime
las hoces vigilantes...
Jamás seremos ya, jamás, los de antes.

Quien ha quebrado el blanco
maizal paterno del primer amparo,
éste ha quedado manco,
roto el fanal del faro
y esto está claro, claro, claro, claro.

Pues todo está partido
y el resto de esta dispersión que sube
con ritmo dolorido,
se aleja en cada nube
que triza todo cuanto en tierra tuve.

Si alguien juntar pudiera
el alma que en mil trozos fué partida,
si alguien tuviera entera
su prometida vida
la voz podría ser indefinida.

Lo dicho dicho está.
Lo indefinible el alma lo adivina.
Todo sentimos ya
que la tierra declina
y llega el tiempo de la ira divina.

(De *El canto de la tierra inicial*, 1949.)

¡Con cuánto empaque de métrica, con olor antiguo y maravilloso, nos dice su lírico mensaje ALICIA EGUREN! De Buenos Aires (1949) adviene también su libro *El canto de la tierra inicial*, y dada la extensión de los poemas que lo componen, con pena sólo podemos ofrecer un fragmento.

MARIA SANCHEZ FUENTES

TU BIEN LO SABES

Hay almas en la vida que semejan
ocultos manantiales.
Por los jardines donde calladas pasan,
aroman y florecen con más fuerza los rosales.
El verde musgo se esponja, gozoso,
en las laderas de las montañas,
porque ella, el alma bienhechora,
las va regando con sus lágrimas.
Qué rojas están hoy las amapolas,
las rojas amapolas de los rubios trigales.
Es que el alma callada por ellas ha pasado
pintándoles las hojas con su sangre.
¿Quién es ella? No se sabe.
Yo sólo sé decirte, y tú también lo sabes,
que hay almas en la vida que semejan
ocultos manantiales.

(De *Polvo de luz*, La Habana, 1950.)

Cubana también, MARIA SANCHEZ DE FUENTES es una recóndita poetisa, que si ahora ve sus composiciones juntas en un libro, gracias es al amor y devoción de su hijo, el gran poeta Eugenio Florit, madrileño de nacimiento. En esta poetisa cuentan las cosas, los sentimientos sencillos, naturales: como son naturales la luz, el aire, el agua. Una infinita ternura, delicadeza, bafian de paz los versos buenos y nobles de MARIA SANCHEZ DE FUENTES.

GABRIELA MISTRAL

VOLVERLO A VER

¿Y nunca, nunca más, ni en noches llenas
de temblor de astros, ni en las alboradas
vírgenes, ni en las tardes inmoladas?

¿Al margen de ningún sendero pálido,
que ciñe el campo, al margen de ninguna
fontana trémula, blanca de luna?

¿Bajo las trenzaduras de la selva,
donde llamándolo me ha anochecido,
ni en la gruta que vuelve mi alarido?

¡Oh!, ¡no! ¡Volverlo a ver, no importa dónde,
en remansos de cielo o en vértice hervidor,
bajo unas lunas plácidas o en un cárdeno horror!

¡Y ser con él todas las primaveras
y los inviernos, en un angustiado
nudo en torno a su cuello ensangrentado!

(De *Desolación*.)

El nombre prócer, universal, de la chilena GABRIELA MISTRAL, sustenta sólidamente la gran arquitectura de la Poesía Femenina hispanoamericana. Su obra, más intensa que extensa, ya que ella otorga rarísimas veces el don de sus libros, mereció el Premio Nóbel en 1946, confirmando así el premio del mundo otorgado ya hacía muchos años: desde la luminosa aparición de sus poemas en *Desolación*; a éste siguió *Tala*, y luego *Ternura*. En todos ellos vive el poderoso aliento de sus poemas a los Niños, y entre la amargura, la clarividencia y la sabiduría de su genio, destaca la gloria de su ternura, de su amor maternal, como una Vía Láctea de infinitos destellos. Por ser bien conocida su obra, los ejemplos que ofrezco no aspiran a ser clave de la misma, sino homenaje de quien más la quiere y admira en España.

HELENA MUÑOZ

INQUIETUD

¿Qué es esta fuerza viva que me encumbra?
¿Qué sueño, que me lleva tan arriba?
¿Qué vuelo?, ¿dónde va? ¿De qué deriva,
que me trae la inquietud y está en penumbra?

¿Qué es esta plenitud que me deslumbra?
¿Qué es este fuego en el que estoy cautiva?
¿Qué es esta llamarada que reaviva,
que renueva mi vida y que me alumbrava?

¿No será el resplandor de alguna hoguera
que ahoga en mi interior su llamarada
y que estará con mi alma entrelazada?

¿O será la pasión que se aglomera
queriendo liberarse en su llamada
entre lenguas de fuego acorralada?

NADIE

Nadie es dueño de nadie, nadie es dueño de nada;
es inútil empeño el querer apropiarse;
es columna de un humo que en el cielo se esparce
y es tener en las manos a la luna apresada.

Misterio de la mente que no es nunca alcanzada,
secreto de la sombra que puede remontarse,
estar cerca, muy cerca, como pronto alejarse,
sin moverse del sitio, sin cambiar la mirada.

Penetrar en un alma, que ya esconde su vuelo,
que ya ríe, ya grita, ya zozobra en pesares,
o se oculta apagando, silenciando su anhelo.

¡Pensamiento, quién llega, quién lo alcanza a sí mismo,
si se esconde, se aleja; si atraviesa los mares,
o se allega y descansa perdido en un abismo!

(De *Sonetos en carne viva*. B. A., 1950.)

A HELENA MUÑOZ LARRETA, esposa del magnífico escritor argentino Eduardo Mallea, la admira J. R. J. hasta el punto de ponerle Prólogo—ya sabemos qué depurado gusto es el de nuestro Poeta—en un libro titulado *Sonetos en carne viva*, Buenos Aires, 1950. “Estos sonetos que vienen ahora, no fueron recibidos por su Helena, sino impulsados... Palabra en carne viva, en noble ascua viva y rota en pedazos de igual calidad íntima y diversa hermosura formal. Si se leen sin defensa estos sonetos, sellan, llagan”. (J. R. J.)

AUSENCIA

Se va de ti mi cuerpo gota a gota.
Se va mi cara en un óleo sordo;
se van mis manos en azogue suelto;
Se van mis pies en dos tiempos de polvo.

¡Se va todo, se nos va todo!

Se va mi voz, que te hacía campana
cerrada a cuanto no somos nosotros.
Se van mis gestos que se devanaban,
en lanzaderas, delante de tus ojos.
Y se te va la mirada que entrega,
cuando te mira, el enebro y el olmo.

Me voy de ti con tus mismos alientos:
como humedad de tu cuerpo evaporo.
Me voy de ti con vigilia y con sueño,
y en tu recuerdo más fiel ya me borro.

Y en tu memoria me vuelvo como esos
que no nacieron en llanos ni en sotos.

Sangre sería y me fuese en las palmas
de tu labor, y en tu boca de mosto.
Tu entraña fuera, y sería quemada
en marchas tuyas que nunca más oigo,
y en tu pasión que retumba en la noche
como demencia de los mares solos.
¡Se nos va todo, se nos va todo!

(De *Tala*.)

SARA DE IBAÑEZ

LIVIDO ARCANGEL

Lívido arcángel, dueño oscuro
de los callados resplandores.
La piedra abierta, los desgarrados ciervos, el humo,
todo en la antigua sed de tus huesos caído y pobre.

Pasó Caín, tu suave hermano.
Tú, sin tu sombra y por lo ajeno.
La musculosa luz de las viñas le ornaba el brazo
y de sus hombros volaba el rastro de los corderos.

Viste yacer en su mirada
ángeles mudos con tu rostro.
En sus cinturas una gavilla se destrenzaba.
Lentos ganados comían hierbas entre sus ojos.

Guardaba el cielo en bronce y nardo
los pies lucientes de tu sangre.
La rama fresca de sus caminos crujió en tu mano
y el fruto muerto cayó en tu boca doblando el hambre.

Se alzaron las eras podridas
hasta caer sobre tu espalda.
Echaste a andar por el incendio de tu agonía.
En Dios desnuda y en Dios perdida, tu sombra aullaba.

(De *Hora ciega* 1943.)

De 1943, Buenos Aires, Ed. Losada, es el libro *Hora ciega*, que firma la poetisa SARA DE IBAÑEZ. Poesía muy bella, muy grave, con interés humano dramático, nos impresiona vivamente. Algo más que unos breves ejemplos querría ofrecer al conocimiento de la mayoría; pero en éste, como en los demás casos, la fuerza de la circunstancia lo impide.

FINA GARCIA MARRUZ

LA DEMENTE EN LA PUERTA DE LA IGLESIA

Ha cruzado el pasillo de la iglesia con leve aire triunfante en sus ojos de aislado desafío;
ha mirado a ambos lados con oblicuo desprecio mientras el absurdo esplende en sus medias amarillas;
y nos llega el fanático blancor de su vestido anudado extrañamente como súbita cólera
que deshace el pañuelo mugriento en la cabeza vagamente floreada y planetaria.

Vedla sentada a la puerta de su rostro, guardadora de un misterio perdido;
ved a la oscura lúcida, general como el viento, materia del milagro,
su ignorancia ha abarcado nuestro orgullo, se sienta en la otra orilla,
con distracción sagrada toca una vihuela suave y anacrónica.

En el nevado país de los mendigos, a la sombra original, remota cual la infancia;
más lejos que sus ojos, en el oscuro reino inalcanzable del anhelante tacto,
a cuestras con el enigma de su fealdad, genialmente pasea como dama,
y la ironía dobla el borde de sus zapatos como el borde de la oscura risa.

Mirad que esa demente es quizás tan sólo un esplendor incomprensible,
pero decidme a qué alude su flor pintarrajeada, y esa tremenda suerte de aislamiento,
que ha podido llevarla al extraño país de su avarienta mirada sujetando la miseria como una moneda,
cuando el oro imposible de su cabellera esplende el aire que no podemos tocar,
decidme qué significa esa monstruosa diferencia como una estirpe sagrada,
cuya cordura distinta me deja temblando junto a la puerta, junto al siglo y las máscaras,
por las que pasa ella envuelta en fábula veraz de mutilada diosa, con una dignidad triste.

FINA GARCIA MARRUZ viene en una hermosa antología de Cintio Vitier, *Diez poetas cubanos*, 1937-1947, La Habana, 1948, Ed. “Orígenes”. Hasta ahora sólo cuentan en su haber *Transfiguración de Jesús en el monte*, 1947, y *Poemas*, 1942, no obstante su larga maestría y dedicación a la poesía.

Indiscutiblemente, FINA GARCIA MARRUZ es una escritora de profundo pensamiento y de magnífica expresión, perfectamente dominada.